

Jorge Francisco Sáenz Carbonell. *Historia diplomática de Costa Rica (1821-1910)*, San José: Editorial Juricentro, 1996, 672 páginas.

Un nuevo libro de Jorge Sáenz, sobre historia de Costa Rica, por supuesto. El que escribe estas líneas no es ni historiador, ni costarricense, ni especialista en temas diplomáticos. Pero se plasman aquí unos cuantos párrafos como estímulo a la lectura personal de muchos, juristas, expertos en relaciones internacionales, historiadores, educadores y otros. Todos podrán sacar experiencia provechosa de este volumen.

En su introducción metodológica y conceptual Sáenz justifica el por qué de este trabajo y define su ámbito de estudio. Señala textualmente que no se trata ni de una historia de las relaciones internacionales de Costa Rica ni de una historia de la diplomacia local. Se propone modestamente "ofrecer información general al lector y no analizar ni interpretar los hechos históricos descritos..." (p. 16). Agradecemos al autor tanto lo primero, como el que, en rigor, no se haya aguantado las ganas de transgredir su propia normativa: si bien generalmente el libro puede resultar "seco" por la mera acumulación cuantitativa de materiales, de por sí muy útil, felizmente en repetidas ocasiones don Jorge ensaya explicaciones y ofrece razones, además de comentarios contextuales muy pertinentes.

La recopilación -y algo más, como acabamos de subrayar- inicia con la misma vida de esta nación y termina en 1910, al final de la primera Administración de Don Cleto González Víquez. El autor justifica la fecha en función de un cambio importante, interno y externo, en el quehacer diplomático del país. Interviene principalmente la crecida influencia de los Estados Unidos en el istmo, después del parto inducido de Panamá, en 1903. Deduzco de lo anterior un giro importante en las relaciones geopolíticas con Europa. La pro-

puesta es sugerente. La racionalización del corte convence, pero este se habría podido aplicar simplemente por la abundancia de materiales rescatados hasta allá: casi setecientas páginas, por cierto bien presentadas por Juricentro. Es de esperar que la edición, de apenas quinientos ejemplares, se agote pronto, cosa de estimular a ambos, tanto a Gerardo Trejos, el editor, como a Jorge Sáenz, el historiador.

El trabajo propiamente tal consta de 21 capítulos, en "simple" orden cronológico, con una división interna y relativamente fija en varias secciones. Por ejemplo, el número XVIII, respecto de "la política exterior de la primera Administración Yglesias (1894-1898)", se inicia con una parte de "aspectos generales", algo administrativa, con referencias a nombramientos y datos biográficos de los cancilleres (en lo que don Jorge retoma muchos elementos de sus propias recopilaciones anteriores, pero a mí no me molestó eso, al contrario, por tener todo a mano ahora, en un solo volumen); sigue una sección sobre "las relaciones con los demás países centroamericanos"; continúa con una tercera sección, en este caso "las relaciones con Colombia", por ser en aquellos años un tema importante en el tapete; va la sección IV, con "las relaciones con otros países"; aborda después el tema de la participación costarricense en "conferencias internacionales" y termina con la sección VI respecto de "reglamentaciones internas. El servicio exterior".

Esta estructura, aplicada con rigor metódico, y por eso a veces algo monótona, tiene sin embargo la gran ventaja de lo sistemático: entre tanto hilo que había quedado suelto y prácticamente perdido con el transcurrir del tiempo, Sáenz primero que nada no pierde la madeja (y no permite

que la perdamos); en seguida, y precisamente por esta labor de franciscano (no se ha robado el segundo nombre, el investigador), revela todo un tejido, extremadamente valioso por su rescate en sí; permite además, a partir de ahora, una visión mucho más ágil, por accesible, a una serie de datos e interpretaciones que, para seguir con la metáfora, ni siquiera estaban en un consabido “cajón de sastre”.

Pero, como queda señalado, don Jorge no resistió la tentación de interpretar. No podía quedar el texto sin contexto. Así evita el escollo de lo meramente cuantitativo, el montón de datos en sí y para sí. Con gusto le perdonamos la transgresión de sus propias reglas, porque con estos aportes él, docente que es, hace precisamente lo propio: enseña el camino, traza perspectivas más globales, sugiere ejes diacrónicos.

Qué interesante, por ejemplo, seguir los múltiples recovecos históricos de la integración centroamericana: no son tres o cuatro los intentos, frustrados todos, anteriores a las actuales gestiones. Don Jorge, digno sucesor de Ariadne en este sentido, marca el camino, en un laberinto que este fraile ya sospechaba hartamente complejo, pero que no sabía que lo fuera tanto. Otro hilo conductor, porque las marcas están puestas, es el de la gestión del canal interoceánico, con todo lo que implicó para esta pequeña Costa Rica, a nivel de interferencia, tanto al norte como al sur.

Con esta Historia diplomática (que se proclama así por el título pero después, por modestia el autor señala que no lo es), pasa lo de las figuras de Nazca: hay que verlas desde la altura. Allí sí, el cúmulo se vuelve significativo, imponente. Precisamente una tercera línea principal que se perfila en el conjunto, viéndolo a distancia reflexiva, es la progresiva configuración de una nación y una nacionalidad, con todo lo que implica, esencialmente, de delimitación de un espacio territorial. En este estudio se subraya claramente, por ejemplo, la preclara labor del Marqués de Peralta, en la definición de límites, respecto de Nicaragua y Colombia. Oportuno resulta el rescate de este gran “cartago”, el diplomático costarricense por antonomasia, precisamente al acercarse los ciento cincuenta años de su natalicio. Más líneas transversales se insinúan, como la evolución de la deuda externa,

como la grandeza y la pobreza (en todos los sentidos de la palabra) del servicio diplomático local.

Esta investigación es entonces también una Historia de Costa Rica, *tout court*, porque enseña a ver el devenir de este país, más allá del Valle intermontano y por encima de esfuerzos individuales. La lectura y consulta de este libro por educadores echará nueva luz sobre aspectos de la historia de Costa Rica que han sido distorsionados, hasta deformarlos en simple mito. Los datos proporcionados alrededor de la figura de Morazán y la Campaña Nacional contra los filibusteros iluminan de otra forma, más real, la lucha por la verdadera independencia. En este último caso, por ejemplo, si Sáenz no menciona a Juan Santamaría no es para ignorarlo, sino porque la relación de fuerzas en este episodio nacional no estaba precisamente centrada en esta figura, por muy meritoria que haya sido y que fue exaltada recién años después. Se trata de un tema que necesita, por fuerza, un enfoque centroamericano y una mínima comprensión de la tensión norte-sur, a nivel continental, que se estaba generando. Igual con el tema anterior: don Jorge demuestra que un enfoque únicamente costarricense de Morazán desemboca automáticamente en una película, tipo western, de los buenos contra los malos (los otros). Esta investigación incita a una visión global y por ende más matizada de los temas históricos, más allá del enfoque simplista que ha hecho tanto daño.

Para seguir las peripecias de la definición (la raíz latina de esta palabra implica la idea de frontera), el trabajo se ve reforzado con nada menos que 26 mapas, ilustrativos en sí, pero que más de una vez, como en las páginas 308, 479 y 562 pecan por algo elementales. Habría que sistematizar la simbología, añadir más referencias, más topónimos. Muchas veces los dibujos ganarían en valor didáctico si se añade la línea divisoria actual entre Costa Rica y sus vecinos inmediatos. Filólogo maniático que es uno, siente también la necesidad de señalar que hay algunas erratas, pero pocas (p. 35, 259, 270, 487, 509, ...). En el ámbito local es toda una prestanza, porque el volumen ofrecido destaca frente a la normativa de la negligencia que se suele encontrar. Espero que el autor no querrá un incidente diplomático con México, que las más

de las veces (pero no siempre, como en p. 638), escribe como lo propugnaba Juan Ramón Jiménez: Méjico. Son simples sugerencias para una segunda edición que, ojalá, pronto haga falta.

Por lo demás, el texto principal nuevamente se ve contextualizado, apoyado y reforzado diría yo, con el aparato crítico. Hay una cantidad industrial de notas, manía o fuerte del autor, depende del punto de vista. El último capítulo tiene cerca de doscientas. Esta información felizmente no estorba durante la lectura, al no encontrarse en el desarrollo propiamente tal. En cambio sí, está ágilmente a pie de página y no al final de cada capítulo. Supongo que debemos agradecer también al editor el que no haya sido egoísta, en este sentido en función de su propia facilidad, sino que ha pensado en la comodidad del lector. A mí me parece vital toda esta batería de referencias porque así se nota la gran asiduidad del investigador, al basarse en todo ello, además de que allí están entonces las fuentes oportunamente mencionadas para quien quiera ahondar en determinados puntos.

El libro me interesaba, en principio, en función de mis propias investigaciones, respecto de los nexos bilaterales entre Costa Rica y Bélgica. Me reconozco ampliamente satisfecho por la cantidad de referencias y elementos aportados. Aprendí así, por ejemplo, que los vínculos entre los dos países inician como corolario de la guerra contra los filibusteros, con el tratado entre el Canciller Toledo, de aquí y el Cónsul General belga Kint de Roodebeek (escrito de esta manera); supongo, aunque no se dice, que fue el famo-

so Marqués, con tantos nexos con Bélgica, el que sugirió que el Rey Leopoldo II interviniera como árbitro en el conflicto por la frontera sur de Costa Rica; me sorprendió mucho ver cómo Centro América le pone obstáculos a la colonización negra propuesta por Lincoln, después de que Guatemala se abriera a una gran inmigración belga, ... Compruebo que, para Costa Rica en todo caso, Bélgica era muy importante, en relación con otros países europeos, con un Cónsul General, un Vice-Cónsul y hasta cinco cónsules en diversas ciudades principales. En fin, valoro en sus matices que el texto de las relaciones bilaterales pasa por el contexto de las relaciones más globales con Europa y Estados Unidos. Es otro eje, que se puede trazar.

El trabajo no desemboca en conclusiones, porque el mismo autor señaló que no enfatizaría en la comprobación de tal o cual tesis. Termina con una colosal bibliografía, bien hecha en cada referencia y con subdivisiones. Es una parte muy valiosa como tal. Sáenz menciona y por lo visto maneja también un extenso archivo personal. El volumen no es barato; no puede serlo por lo especializado del tema y el mercado limitado, pero la inversión vale la pena.

En definitiva, este reciente libro lo deja a uno con ganas de ver pronto la segunda parte (1910-1994) de la tremenda investigación que emprendió el Lic. Sáenz. Adelante.

Víctor Valembois